

ESCRIBE: CARMEN GAETE NIETO DEL RÍO, SU VIUDA,
A 25 AÑOS DE SU PARTIDA

Enrique Bunster, poetas y pájaros

Casa, árbol, palomar o isla, tal vez todo eso en un mismo hábitat llegaban solitarios, otras, en bandadas, alguna tarde uno se asomaba tímidamente al oscurecer haciéndole quite al día.

Braulio Apenasy y Eduardo Anguila, alguien en algún momento los llamó así. La verdad es que el surrealismo que se expresaba en su apariencia física, a Braulio, lo convertía en el más desconcertante de los poetas que conocí, estando imbuida muy joven aún en la imagen del poeta romántico de comienzos de siglo 20. En 1953 no podía imaginármelo escribiendo un verso o un poema. Hasta que no le escuché hablar y no lo leí, dejé de pensar que no se trataba de un Coronel de Carabineros vestido de civil, tanto por la forma de su cabeza como por sus cabellos cortados casi al rape, tiesos y a la par la rigidez de su figura. Daba la sensación que le tenían cortada la risa, cortados los sueños de raíz; sin embargo, en el instante que escuchaba un tango se le aflojaban las bisagras del esqueleto, la música entraba en su estructura, se le soltaba el ángel, y, entonces, el autor de poesías geniales, inspirado en Breton y Magritte estallaba en pasión y alegría.

A Eduardo Anguila lo encontraban parecido a Marcel Proust, pero a mí, en cambio, los rasgos de su estructura corporal me llevaban en otra dirección; su silueta me evocaban los giros de una obra musical, de algún impresionista ruso o una bella caricatura equilibrada en su drama existencial. Inesperadamente llegaba a casa en horas de la noche en los años 70, Esther Matte le había encargado escribir una biografía, él, se me ocurría un fosforito encendido por dentro, afirmandose en invisibles balastradas.

El poeta que se paseaba por los senderos de Breton, Artaud y Aragón como por su dormitorio, entraba seriamente, hablaba de a poco y casi a trastabillones, lo escuchaba como a un ave nocturna y temerosa que ocultaba algún misterio; por su timidez, casi en sordina o sorpresivamente alzaba la voz con un tono sacerdotal de Gran Maestro. Me imaginaba que nos visitaba un emisario para confiarnos o transmitirnos un notable descubrimiento, como por ejemplo: que a nuestro Vicente Huidobro no se lo había llevado la muerte, sino que lo arrebató la vida y nada semejante a ello nos decía, he pensado que así debe haber ocurrido. Braulio usaba un sombrero equivocado, el que le pertenecía al Premier

Británico Anthony Eden. Yo sentía temor que se le resbalara de su cabeza, experimentaba cierto desasosiego, no obstante todo ese conjunto personal traslucía su sentido poético, la insólita riqueza de su mundo interior. Lo más curioso era el aspecto que tomaba su fisonomía de reír, tornábase en la de un Mandarín.

Braulio no cesaba de estudiar los caligramas de Apollinaire y de Vicente Huidobro, con su acostumbrada gravedad nos expresaba que una de las iglesias que más le había maravillado en París, había sido la Sainte Chapelle, puesto que en ella se encuentra todo el misterio y el esoterismo de la Religión Católica, además estéticamente la consideraba una de las más delicadas de la arquitectura religiosa, comparable a un caligrama.

En la década del 50 subí a una micro y me encontré con Braulio, me senté a su lado, leía un libro que lo mantenía absorbido. Por curiosidad pensando que a lo mejor había hecho un descubrimiento en la poesía francesa contemporánea, le pregunté el nombre del autor, levantando la cabeza y mirándome a los ojos, me respondió seriamente: me estoy leyendo. En ese entonces me pareció muy pedante su actitud, sin embargo con los años llegué a comprender la gran lección que me dio. En los años 70 pasaba tardes enteras charlando con nosotros. Enrique Bunster no escribió versos y versos como se decía, a comienzos del siglo 20, pero en su narrativa se palpaba el lenguaje del creador, el escritor pintaba con poesía, como es el caso de su cuento «Arrecife de Coral», de su libro «Aroma de Polinisia». «Ignoto, inútil, apartado de las rutas de los barcos, este cayo madreporico era un paisaje siniestro en donde un naufrago sólo hubiera encontrado hambre, sed y muerte. Si es que alguien lo vio alguna vez, debe haberse alejado de él como de un escollo traicionero».

Parecía más triste y misero entre los esplendores de su ámbito: esas auroras de nácar, esos crepúsculos de oro fundido con rubes de explosiones cósmicas... Y continuaba en otro de sus párrafos: «Era un elegido entre miles de sus iguales que hasta aquel día pasaron por allí, él era el que debía establecerse, como el espermatozoide, que, entre millones, llevó él solo la misión de fecundar.»

El sentido lírico con que se expresaba y su espíritu desafiante que lo impulsaba a embarcarse en difíciles travesías, eran el vínculo entre el cronista y los poetas de su generación. Su ensueño, y a la vez su capacidad de

Enrique Bunster, poetas y pájaros [artículo] Carmen Gaete Nieto del Rio.

Libros y documentos

AUTORÍA

Gaete Nieto del Rio, Carmen, 1938-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Enrique Bunster, poetas y pájaros [artículo] Carmen Gaete Nieto del Rio.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile